

LA MOTIVACION EN EL PERSONALISMO DIALECTICO DE IGOR A. CARUSO

Lic. ARMANDO SUAREZ

“El arte de dirigir un círculo científico no consiste en responder rápida y exhaustivamente a las inquietantes cuestiones que surjan, sino más bien en persistir en el ámbito de lo no sabido” (1). Esta frase de uno de los más conspicuos analistas de grupo, Raoul Schindler, puede servir de criterio para calibrar la maestría de I. A. Caruso como director del “Círculo Vienés de Psicología Profunda”. Quienes han participado en las tareas del Círculo o hayan asistido al menos a algunos de sus seminarios de estudios habrán podido comprobar su inquietud permanente, su insatisfacción ante cualquier formulación pretendidamente definitiva y su interés constante por mantener al Círculo en un clima de búsqueda y problematización, evitando los dos escollos que amenazan su vida: el ensayismo superficial y esnobista, por una parte, y el esclerosamiento en una “ortodoxia” sectaria y autosuficiente por otra. No es posible discernir en la obra escrita de Caruso lo que se debe a su original y poderosa personalidad de pensador y lo que es fruto de la presión osmótica del círculo, en diálogo con el cual se ha desarrollado lo más importante de su labor investigadora. La fecundidad de este estilo dialógico está a la vista: de ella dan testimonio no sólo los 75 títulos con que cuenta la bibliografía del propio Caruso (2) y los varios centenares de sus discípulos, sino la proliferación paulatina y orgánica de “círcu-

los de estudios” que intentan proseguir el diálogo con el mismo espíritu (3).

El profesor Caruso se dio a conocer al mundo de habla castellana por la traducción de su libro “Psychoanalyse und Synthese der Existenz” (4). En aquel entonces la antropología de Caruso podía describirse como un existencialismo cristiano dentro de la psicología profunda. Desde entonces y a través de un esfuerzo de autocritica y diálogo (dentro y fuera del círculo) ha ido encontrando y exponiendo las líneas fundamentales de lo que es hoy su “personalismo dialéctico”. “Dialéctico” en cuanto al método (5); “personalización progresiva” como doctrina.

Entre las fecundas influencias que han contribuido al progreso de su pensamiento podemos registrar como más importantes las cuatro siguientes: el pensamiento cosmogónico del P. Teilhard de Chardin S. J., las investigaciones de los etólogos (principalmente A. Portmann, K. Lorenz, N. Tinbergen y O. König (6), la “antropología estructural” de Cl. Lévi-Strauss y la crítica social de K. Marx y sus epígonos actuales E. Bloch y H. Marcuse. Freud —su método, su modelo heurístico, su temática y sus instituciones— sigue siendo el genio “clásico” que siempre fecunda y al que siempre se vuelve (a veces para corregirle).

Caruso ha reconocido la importancia capital de la teoría de la motivación (7) y hasta ha definido el psicoanálisis, en cuanto "praxis" antropológica, como una "crítica histórica de las motivaciones humanas" (8); pero no ha elaborado una teoría sistemática de la motivación. En lo que sigue intentaremos explicitar esta teoría implícita en sus obras, aún a riesgo de traicionar su pensamiento sacrificándole al "espíritu de sistema". Nos serviremos principalmente de sus tres últimos libros: "Bios, Psyche, Person", "Psychanalyse pour la personne" y "Soziale Aspekte der Psychoanalyse" (9).

Planteamiento del problema según

J. Nuttin

El problema de la motivación ha sido planteado así por el profesor J. Nuttin (10); "Los tres fundadores de la psicología de la conducta —Pavlov, Thorndike y Freud— coincidieron, desde fines del siglo XIX, en tomar el reflejo como prototipo y modelo de la reacción comportamental" (l. c., p. 98). Pero esta simplificación corre el riesgo de suprimir el problema de la motivación: si el organismo es esencialmente reactivo, basta esta propiedad y el estímulo para explicar la conducta". Como quiera que el organismo no siempre reacciona al excitante que le propone el medio (no se come cuando se está saciado, p. ej.:) es preciso introducir otro factor cuya función sea la de elevar o disminuir el umbral de excitación a los estímulos: a ese factor de sensibilización del organismo frente a un excitante es a lo que la mayoría de los psicólogos contemporáneos llama motivación (hablan entonces de "energizer" o "sensitizer") (l. c., p. 99).

La concepción de Freud, inspirada sin duda en la física contemporánea, muy particularmente en Helmholtz, "considera el estímulo como un aporte de energía y la respuesta como la descarga de esta energía. Toda estimulación del organismo constituye, pues, un acrecentamiento de energía en el orga-

nismo, que es concebido por Freud como un "sistema" cerrado. El principio fundamental que domina el funcionamiento de este sistema es su tendencia a deshacerse de este acrecentamiento de energía (Ley de inercia). Este acrecentamiento de energía, en efecto, rompe el equilibrio energético del sistema y provoca el displacer (Unlust). Por esto, cuando se le añade una cierta cantidad de estimulación, el organismo responde por una reacción motriz, que constituye la descarga de la energía aportada. Es lo que vemos, dice Freud, en el reflejo, sin embargo, las estimulaciones más importantes las que provocan una acumulación considerable de energía en el organismo, son de origen interno, tales como los excitantes que producen el hambre, la excitación sexual y, en general, las necesidades fisiológicas. Una descarga directa de la energía así acumulada no es de ordinario posible. Hay que encontrar en el medio el objeto que pueda detener la estimulación (p. ej.: el alimento o el objeto sexual) y que provoque la descarga de la energía acumulada" (l. c., p. 100).

Esta teoría de la "reducción de tensión" (drive reduction) no es exclusiva del psicoanálisis: la mayor parte de los experimentalistas la comparten. Frente a ella han surgido otras, según las cuales el comportamiento es provocado "por un déficit de estimulación y continúa hasta tanto que se haya producido una estimulación en cantidad suficiente al nivel de los receptores interesados. El estímulo no *provoca* la reacción, sino que *le pone fin*" (l. c., p. 105). Para los unos la conducta es una huida, para los otros una búsqueda de la estimulación.

Este planteamiento del problema de la motivación es indudablemente sugestivo y parece imponer una alternativa que sólo los hechos experimentales podrían resolver. En realidad la situación es muy otra. En Freud, por ejemplo, el principio de la "reducción de tensión" está cargado de implicaciones biológicas y filosóficas, que él mismo se encargó de explicitar a lo largo del tiempo.

En "Los instintos y sus destinos", en efecto escribe: (según el concepto de estímulo-reflejo) "un estímulo aportado desde el exterior al tejido vivo (de la substancia nerviosa) es derivado hacia el exterior por medio de la acción. Esta acción logra su fin substrayendo la substancia estimulada a la influencia del estímulo". Y un poco más adelante, define el instinto como un "estímulo para lo psíquico" distinguiéndolo así de los puros estímulos externos: "El instinto no actúa nunca como una *fuerza impulsiva momentánea*, sino siempre como una fuerza *constante*. No procediendo del mundo exterior, sino del interior del cuerpo, la fuga es ineficaz contra él. Al estímulo instintivo lo denominaremos mejor *necesidad* (Bedürfnis) y lo que suprime esta necesidad es la *satisfacción* (11).

Cinco años más tarde, en "Más allá del principio del placer" afirma Freud que, en el organismo, es más importante la función protectora frente a los estímulos (Reizschutz) que la receptora de los mismos (Reizaufnahme). Define allí el instinto como una "*tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior*, que lo animado tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores perturbadoras; una especie de elasticidad orgánica o si se quiere, la manifestación de la inercia en la vida orgánica". Pero la evolución de la vida parece contradecir esta función esencialmente conservadora (regresiva!) de los instintos. Freud atribuye la evolución a la intervención de causas externas "inimaginables": por lo que respecta a la vida misma y a su sentido inmanente, no cabe otro finalismo que el reductivo (entrópico, diríamos hoy): "Si como experiencia, sin excepción alguna, tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos *internos*, volviendo a lo inorgánico, podremos decir: *la meta de toda vida es la muerte*" (12).

Con estas citas de Freud no pretendemos exponer la rica complejidad de su pensamiento, ni siquiera esquemáti-

camente, sino más bien establecer un punto de referencia para situarnos. El pensamiento de Caruso, en efecto, se ha desarrollado a partir de Freud, como su continuación (y su crítica) dialéctica. Y una de sus más importantes contribuciones críticas consiste precisamente en el estudio casi exhaustivo de la teoría freudiana del instinto de muerte, sus presupuestos y sus consecuencias (13). Freud fundó en "Más allá del principio del placer" una especie de "existencialismo biológico" basado en la antropología de la contradicción (14). Caruso, que no ha cesado de meditar sobre estos temas, ha llegado a conclusiones muy diferentes.

Para Caruso, en efecto, "el fin de la vida es: más vida" (15).

La vida como motivación primaria

Los procesos vitales constituyen un tipo especial de procesos energéticos. La física actual afirma que todos los procesos energéticos están sujetos a la ley de la nivelación termodinámica (entropía). Pero justamente lo que constituye la esencia y la originalidad de los procesos vitales es su comportamiento respecto a esta ley: unos, los más resueltos afirman que la vida hace anti-entropía o *entropía negativa*, otros, los más tímidos, se limitan a conceder que la vida *retarda* la entropía. En cualquier caso la vida no puede ser, en lo que tiene de más genuino, nivelación, conservación ni reducción. La vida es más bien progreso, aumento, intensificación y creación. Es un lujo en el cosmos. Si no creara, ni siquiera podría conservar. Conserva avanzando y superando. La vida, según Caruso, hace entropía negativa; si la entropía impone a los procesos energéticos la marcha hacia lo más probable, la vida tiende a crear estructuras cada vez más improbables; si la primera supone un crecimiento del caos, de la nivelación termodinámica, del empobrecimiento de los procesos energéticos, la vida marcha hacia el orden, la complexificación de las estructuras y el enriquecimiento de los

intercambios. De ahí que para Caruso la primera y básica de todas las motivaciones sea: *conservar la vida y aumentarla*. La vida constituye una lucha contra la entropía y, lo que viene a ser lo mismo, contra las fuerzas de la muerte. Por eso, añade Caruso, dondequiera que hay vida, hay *inmortalidad potencial* o, si se quiere, *motivación de inmortalidad* (16).

Todo organismo se encuentra (o aspira a ello) en equilibrio dinámico con su medio. Cualquier modificación en este sistema de fuerzas, motivará en el organismo una reacción cuyo objetivo será restablecer el equilibrio perturbado. Caruso reconoce la vigencia limitada de este principio, que él llama "conservador del sistema" (*systemerhaltend*) y que no se manifiesta únicamente en el comportamiento, sino también al nivel fisiológico (homeóstasis) y en los procesos morfolásticos (regeneración). Pero no todo es "reducción de tensión". Junto a este principio hay que reconocer la actuación de otro, al que llama "amplificador del sistema" (*systemerhaltend*) y que es justamente el más genuino del ser vivo. Señalemos, entre sus muchas manifestaciones claramente discernibles, la tendencia de los organismos hacia la "buena Gestalt" (17) y los fenómenos de "hipertelia": en cierta medida, todo comportamiento trasciende sus objetivos inmediatos, es algo más que *adaptación*, es *creación*. (18).

Las respuestas del organismo a cualquier modificación en el sistema de fuerzas que constituye con su medio, tenderán, sin duda, al restablecimiento, pero este equilibrio no será el mismo al final que al comienzo. No hay identidad entre el estado inicial y terminal de las relaciones de equilibrio (19).

La perspectiva evolucionista

Pero si la vida hace entropía negativa, quien dice vida, dice evolución. La vida se ha manifestado, efectivamente, bajo una serie de formas, entre las cuales existe una interdependencia de origen.

En la evolución de los vivientes parece delinearse (a través de tanteos, retrocesos, rodeos y saltos inesperados) una "gravedad evolutiva" una dirección de marcha, hasta una "ortogénesis" (20). Caruso, comparte con Teilhard de Chardin y otros muchos biólogos la convicción de que la evolución tiene un sentido, un "telos" y que ese sentido es promover la personalización. El mundo se repliega sobre sí mismo, la vida crece en interioridad, conciencia, libertad y en relaciones intersubjetivas. Teilhard de Chardin habla a este propósito de Noogénesis. Caruso prefiere hablar de "personalización progresiva".

Con la introducción de esta nueva dimensión evolutiva y personalística se nos revela un nuevo y decisivo aspecto de la motivación: no se trata ya solamente de adaptarse a una situación, sino de adecuarse a un devenir, a un desarrollo, a una ortogénesis. La vida y la conducta no se mueven en sentido rectilíneo, ni circular, sino en espiral. Los procesos vitales no podrán ser ya definidos en función de la adaptación al medio, sino en términos de progresión y regresión.

Veamos algunas de las funciones cuya diferenciación y complexificación creciente definen las etapas de la personalización progresiva.

La instrumentalización progresiva

El viviente se afirma como tal, como sujeto, por contraposición al medio del que depende y al que, en mayor o menor medida, controla. El desarrollo evolutivo lleva consigo una progresiva autonomía del ser vivo, doblada de un progresivo enriquecimiento de sus relaciones con el medio. Al nivel humano la relación casi se ha invertido: el hombre no se limita a adaptarse al medio para asegurar su supervivencia, sino que lo configura con arreglo a sus propios esquemas, proyectándose sobre el mundo (21). El hombre, en efecto, merced a la reflexión, puede reconocer el límite en cuanto tal y, por lo mismo, trascenderlo.

Cada especie viviente está definida, no sólo por su estructura, sino por su ecotipo, es decir, por el entorno físico —marino, aéreo, terrestre, etc., con su tipo de alimentación, ámbito de acción, etc. con el que se corresponde, sirviendo de puente dinámico los esquemas innatos de comportamiento. El ecotipo humano es abierto, indefinidamente modificable. El hombre ha logrado adaptarse a todos los tipos de vida marina, aérea y fluvial y no merced a mutaciones biológicas, sino en virtud de “mutaciones psicológicas” o, más exactamente, psicosociales. El hombre no es un ser “natural”, sino “cultural”. El entorno “natural” del hombre no es la naturaleza bruta, sino la realidad social en primer término. La ecología humana es una ecología instrumentalizada: es economía (22). La personalización progresiva es, bajo este aspecto, la transformación de la naturaleza en cultura, de la “historia natural” en historia sin más (23).

“La interioridad cada vez más compleja de la materia viva se sirve de instrumentos cada vez más complejos para informar al mundo... Los instrumentos de la interioridad son al principio específicos, es decir comunes a una especie, e innatos (esquemas innatos de comportamiento); pero tienden progresivamente a individualizarse, esto es, a funcionar perfectamente en un representante aislado de la especie.

Al nivel humano aparecen los instrumentos “artificiales”, es decir, proyectados fuera del cuerpo; pero todos, los más complicados como los más simples, no son sino prolongaciones del esquema corporal. Son un cuerpo secundario, reflejo; el instrumento, en efecto, supone un retorno sobre sí mismo, la toma de conciencia de un yo en cierta oposición (y comunicación) con un no-yo” (24). El progreso no se trasmite ya, desde entonces, por herencia, sino por tradición (25). La cultura no es otra cosa que el conjunto (siempre en aumento) de los instrumentos de conocimiento y acción (26).

Caruso pretende continuar dialécticamente los descubrimientos de Freud, situándolos en el flujo dinámico de los intercambios sociales (27). Ahora bien, el modelo freudiano puede esquematizarse (para nuestros fines expositivos) así:

1) El hombre es una criatura instintiva. Los instintos o pulsiones en él constituyen el motor de su historia. Estas pulsiones se agrupan en dos categorías cuya rival es la fuente de los conflictos psíquicos: los instintos del yo (más tarde de muerte) y los sexuales. El instinto sexual o libido atraviesa por una serie de fases biológicamente condicionadas: oral, anal, fálica, latencia, pubertad... La evolución normal parte del narcisismo primario y culmina en la organización genital adulta.

2) El aparato psíquico se estructura en tres niveles o instancias: Ello, Yo y Superyó. El Ello está constituido por el conjunto de pulsiones. El Yo es la instancia reconocitiva y ejecutiva que media entre el Ello y el mundo exterior, seleccionando las percepciones provenientes de éste y dando paso, modificando o reprimiendo las pulsiones de aquél. El Superyó o conciencia moral es un precipitado histórico a base de introyección de los padres tras la resolución del complejo de Edipo y participa del Ello y del mundo exterior.

3) El Ello funciona con arreglo al principio del placer; el Yo tiene por tarea poner de acuerdo al Ello con el principio de realidad. La realidad, en efecto, no permite la satisfacción inmediata y directa de los instintos. El Yo percibe los instintos en determinadas ocasiones como una amenaza: para detectarla emplea la ansiedad-señal y para prevenir el peligro emplea una serie de técnicas defensivas buscando en todo las satisfacciones instintivas mediante un rodeo. Estas técnicas constituyen los mecanismos de defensa (Ana y S. Freud): identificación, proyección, represión, conversión, regresión, sublimación, racionalización, etc.

Este modelo (ultrasimplificado por nosotros) es de una precisión y utilidad heurísticas admirables; pero es preciso superar sus limitaciones positivistas y mecanicistas. Caruso no cree que sea preciso admitir un dualismo instintivo radical para explicar la naturaleza conflictiva del hombre. Los instintos parciales (estadios) serían más bien un resultado de la parcialización de la Libido o energía vital única y los conflictos serían más bien un producto histórico (antinomias de la bio y sociogénesis). Los estadios de la libido lo son de la personalidad entera (28). La misma "organización genital adulta" es, en parte al menos, un producto histórico —debido a la represión social que fuerza la desexualización de las otras zonas crógenas. Para Caruso el Superyo no puede identificarse sin más con la conciencia moral: la conciencia moral, como ideal positivo y como función de responsabilidad, sería más bien una función del Yo (29). El Superyo es un estado provisional, reificado y superable de la conciencia moral en marcha hacia su liberación (30). Los mecanismos de defensa no son puras defensas intrapsíquicas, sino técnicas intersíquicas, reguladoras del intercambio social (31).

El presupuesto biológico fundamental en la sociogénesis es lo que A. Portmann ha llamado la teoría del "útero social". (32). El nacimiento del hombre es fisiológicamente prematuro: para responder a las leyes biológicas que presiden el tiempo de embarazo, número de crías, etc. de los mamíferos el hijo del hombre debería permanecer 22 meses en el útero materno. Esto significa que durante el primer año de vida prolonga su proceso de crecimiento y maduración fetal en plena vida social. En este período se desarrollan las primeras relaciones objetales, tan magistralmente estudiadas por R. A. Spitz (33). La relación madre-hijo es de una extraordinaria complejidad y troquela las reacciones del niño para el resto de sus días.

El narcisismo primario no tiene por objeto un Yo separado de los otros ob-

jetos (sería ya una relación objetal), sino que constituye una "unión dual" primaria entre madre e hijo; el narcisismo primario es por ello el primer símbolo del amor y el factor dinámico de su desarrollo. El narcisismo funda todo ulterior intercambio interpersonal. El cuerpo del lactante es el instrumento objetivado de su confrontación con el mundo; más aún, es el mundo mismo, de tal manera que el control de su cuerpo se convierte en el modelo de su posterior dominio del cosmos (34).

No existe, propiamente hablando, un instinto social. "Lo social no es una pulsión *sui generis*, sino un modo de la economía instintiva, una estructura propia de las energías pulsionales, una red de relaciones en la que las pulsiones se encauzan a través de los mecanismos de intercambio" (35). Caruso ha rechazado con insistencia toda reducción de lo social a lo psicológico (36); pero con igual energía ha afirmado también el condicionamiento social de todo lo psicológico. Frente a ciertos "revisionistas" del freudismo y a ciertos críticos marxistas del psicoanálisis Caruso ha puesto de relieve el papel de la familia como "lugar de paso de la naturaleza a la cultura", como "medio entre lo psicológico y lo sociológico" (37).

La familia es el troquel que modela las reacciones del niño y le transmite los ideales, tabús, exigencias y oportunidades de la sociedad. La familia forma el Superyo (38) del niño, le impone frustraciones específicas, debilita o refuerza sus defensas y le proporciona modelos de identificación. Pero la familia refleja la sociedad entorno y éste la refleja a ella a su vez (39). La familia reacciona a las condiciones ambientes y modela al niño en función de las mismas. A las estructuras sociales injustas y opresivas la familia responde con reacciones neuróticas o psicopáticas — racionalizadas después con las ideologías y mistificaciones de la clase dominante.

Caruso ha introducido aquí muy oportunamente los conceptos de reificación (40) y alienación (41) empleados por

Marx en su crítica social. “Como lo propio del Yo humano es objetivar el mundo —reconocerlo como objeto, final o instrumental— el hombre puede situar, aislar, manipular y modificar todo lo que es mundo, incluido él mismo (por eso es el Ego el teatro de la angustia). La sociedad participa de esta tendencia reificante de toda reflexión”. Ahora bien, “es evidente que el recién nacido no podrá alcanzar por sí mismo el nivel cultural al que está avocado por la sociedad, gracias al depósito cultural que ésta administra. La sociedad es la depositaria de la cultura. Ahora bien, la administración del depósito cultural que permitirá a la persona humana prolongar la tradición cultural enriqueciéndola (y revolucionándola) es, como toda dominación, más opresiva y alienante” (42).

“El modo de producción y de intercambio de los valores culturales en curso en una sociedad dada, determina la estructura de las instituciones. Es evidente que la distribución de los instrumentos y de los productos del trabajo desempeña aquí el papel principal. Los hechos culturales se valoran por la manera como ha sido distribuido, obtenido, conducido y recompensado el trabajo necesario para crearlos”. Ahora bien, “la organización de las instituciones sirve para perpetuar la sociedad —perpetuando su estructura, su tipo de relaciones humanas. El sistema de propiedad y de intercambio, perpetuado por las instituciones dominantes, influencia directamente los factores psicosociales que servirán de cuadro en el que evolucionarán los grupos y los individuos” (43).

A este propósito distingue Caruso, siguiendo a H. Marcuse (44) entre opresión fundamental y opresión suplementaria. “El depósito cultural, destilado por las sublimaciones de las generaciones, exige, para sobrevivir y crecer, nuevas producciones culturales y por consiguiente nuevas sublimaciones. De hecho la sociedad no espera a que el individuo se encuentre en condiciones de sublimar libremente, sino que le constriñe a asu-

mir su papel cultural reprimiendo las satisfacciones inmediatas de la libido. Tal es la opresión fundamental, ejercida por la sociedad en interés de la cultura. Pero una parte de la energía así atesorada es desviada de su objetivo directo para asegurar la persistencia de la estructura concreta de una sociedad dada, es decir, la supervivencia de un modo de dominación en uso dentro de esta sociedad: porque una sociedad correspondiente a una etapa histórica, confunde su estructura contingente con la necesidad absoluta de una sociedad de derecho divino o natural” (45).

Plantea Caruso la cuestión de saber si lo que en una sociedad concreta (como la nuestra) hay que poner a cuenta de la opresión suplementaria no es mucho más gravoso que lo que sus miembros (especialmente sus beneficiarios) piensan (46). En cualquier caso, se evidencia con ésto que el “principio de realidad” preconizado por el psicoanálisis es, en nuestras sociedades, un “principio de rendimiento” (47), un principio pragmático del trabajo alienado, según el cual es “real” lo que responde a las exigencias ideológicas y económicas de una determinada forma de sociedad” (48). Según Caruso sería más correcto hablar de un “principio de historicidad”, pues la realidad no es estática ni cerrada. Otra cuestión sería averiguar si es posible la cultura sin la opresión fundamental, sólo como fruto de la autosublimación libre. Caruso lo cree así (49).

En todo caso “la marcha del desarrollo social —marco de la psicogénesis individual— recorre una espiral dialéctica, volviendo sobre los puntos recorridos pero en un plano más elevado. Desde el comienzo el hombre es presa de la alienación, porque el mundo (en torno a él y en él) no puede serle enteramente transparente: la reificación es el precio de la objetivación, quien, a su vez, es la garantía del conocimiento; toda liberación se paga con alienaciones y toda alienación contiene en germen un medio de liberación. El progreso extraordinario de la civilización fue evidentemente en

parte el fruto de la explotación más dura del hombre por el hombre que la humanidad haya conocido jamás; pero ha hecho inevitable también el “retorno a sí mismo” del hombre hasta entonces reificado: así, los proletarios, los pueblos colonizados, las mujeres, los adolescentes, todos los “subdesarrollados” y “alienados”, comienzan a darse cuenta de su soberanía en cuanto personas y no están dispuestos a dejarse despojar, aún debiendo pagar su liberación con nuevas alienaciones más o menos pasajeras” (50).

La soberanía de la persona es así, para Caruso, el “telos” de la evolución y de la historia; ella está inscrita como posibilidad y exigencia en el esquema innato de comportamiento que él llama prometeico (y que no le permite al hombre contentarse con ningún esquema de hecho) (51) y que regularía el proceso de autosublimación libre.

Este esquema sería el catalizador de la personalización progresiva, que tendería así a “convertir al hombre, de un “objeto del destino” en el soberano “sujeto de la historia” (52).

La lucha contra las alienaciones sociales (y su traducción individual, las represiones) es, por esto, el primer imperativo del hombre. Esta lucha es “una lucha contra la muerte. Aquí reside acaso el único *deber* auténtico del hombre, que puede coincidir con la *tendencia al placer* en su única forma digna del hombre — la forma de una libre autosublimación” (53).

Lo que Freud atribuyó a un instinto, es decir a una fuerza biológica positiva (la pulsión de muerte) es reducido por Caruso a la entropía —para lo físico— y a sus repercusiones psicosociales: opresión, error, agresividad, alienación, mistificación, etc. — máscaras de la muerte espiritual (54).

Resumen

1. — La motivación, a cualquier nivel que se la considere, es un producto dialéctico de dos tendencias inmanentes a

la materia viva: la tendencia a conservar y aumentar la vida (autoregulación, organización, conciencia y libertad crecientes o, en el lenguaje de la cibernética, aumento de información en el cosmos) y la entropía que tiende a frenar la anterior en todas sus dimensiones.

2. — Para definir la motivación no basta una consideración dinámica que, abstrayendo del devenir histórico, consideraría los procesos vitales dentro de un sistema cerrado de fuerzas; es preciso una consideración evolutiva. El *mecanismo* de la motivación puede describirse correctamente como una *reducción de tensión*; pero esto no agota el problema. Tanto la tensión como su reducción se inscriben dentro de un flujo evolutivo, dentro de una génesis y un plan de realización del viviente; no puede desde entonces definirse en función del equilibrio sólo, sino en función del proceso, esto es, como progresión o regresión.

3. — El “*primum movens*” es la vida misma, la energía vital que se encuentra en cada organismo en forma de “necesidades fundamentales” (Urbedürfnisse) con arreglo al plan de organización de cada especie y en función del ecotico específico. Las “necesidades” maduran, se parcializan y modelan a lo largo del desarrollo ontogenético.

4. — Los reguladores y catalizadores de esa energía y esas necesidades son los esquemas de comportamiento innatos, dentro de cuyo plan específico se alzarán todas las superestructuras adquiridas.

5. — El hombre es el animal más rico en esquemas de comportamiento innatos (al menos por lo que se refiere al comportamiento apetitivo), pero también el más capaz de ser troquelado por el entorno (humano). El esquema fundamental “prometeico” le empujaría en la dirección (ortogenética) de la autosublimación libre. Lo que no sea sublimación, será represión, perversión, error o injusticia, esto es, infidelidad a la ley fundamental de su devenir personal.

6. — Supuesto lo anterior, nada impide seguir utilizando para el estudio de la motivación el modelo heurístico freudiano, con tal de saber prolongarlo (y criticarlo) dialécticamente. El motor primero de la conducta es el Ello (las necesidades fundamentales). Su ejecutor es el Yo. El Yo regula su conducta permisiva, represiva o sublimadora de las pulsiones del Ello con arreglo al principio de historicidad (realidad). La conciencia moral es una función del Yo. El superyo es su precursor y prefiguración reificada e inmadura, que refleja las ideologías del grupo social dominante (principio de rendimiento). Evidentemente el hombre no es consciente de *todos* los factores que determinan su motivación en cada momento concreto; muchos lo ignoran; se engañan —mediante racionalizaciones, proyecciones, etc.— sobre la índole de otros. Los mecanismos de defensa (de intercambio) son la respuesta del psiquismo individual a condicionamientos sociales. Su génesis tiene lugar en el seno de la vida familiar. Las

reacciones neuróticas o psicopáticas responden a condiciones sociales alienantes. A la racionalización individual, responde en el plano social, la ideología; a la represión, la alienación; la mistificación supone ambas y pone en juego además mecanismos proyectivos.

7. — Puesto que la conciencialización es el parámetro de la personalización progresiva y la conciencia modifica el mundo, el ignorar, reprimir o mistificar las motivaciones frena el proceso y sirve a la entropía y a la muerte. El hombre toma conciencia de esas motivaciones a través de símbolos cada vez más transparentes. La sociedad, con sus instituciones, figuras de identificación, etc., ofrece al hombre esquemas concretos para su desarrollo, pero, por su propia historicidad, son también productos y factores alienantes y reificantes. Aceptar la condición humana es comprometerse a promover la autosublimación libre y a luchar contra todas las alienaciones y las mil máscaras de la muerte que se oponen a su realización.

NOTAS

- 1 Raoul Schindler, "Personalisation der Gruppe", en: "Personalisation. — Studien zur Tiefenpsychologie und Psychotherapie". Herder, Wien - Freiburg - Basel, 1964 (libro homenaje a Igor A. Caruso en el cincuentenario de su nacimiento).
- 2 Cf. "Personalisation" (nota 1). Caruso ha escrito cuatro libros (tres en alemán y uno en francés) y 71 artículos y monografías, traducidos en parte al español. La bibliografía de sus discípulos está contenida en una lista sólo hasta el año 1957 (Adalbert Wegeler y Walter Baatz, "Zehn Jahre des Wiener Arbeitskreises für Tiefenpsychologie", Viena, 1957) con un contenido hasta entonces de 205 números. A partir de 1959 se puede consultar la bibliografía que aparece semestralmente en las "Rundschreiben" (Circulares) de la Oficina Internacional de los Círculos de Psicología Profunda, que se publica en Viena.
- 3 Además del Círculo Vienés, existen en la actualidad diversos Círculos y Grupos asociados: Insbruck y Berna en Europa; en América Latina: Brasil (con dos Grupos — Río Grande do Sul y Belo Horizonte), Bogotá, en Colombia, un Grupo de formación en Buenos Aires y otro en México. El Círculo de Bogotá fue fundado en 1963 por el propio Caruso en visita que hizo a Colombia en julio y agosto de ese año. Su directora, la profesora Rosa Tanco Duque, es así mismo la delegada de la Secretaría Ibero-Americana del Círculo Vienés de Psicología Profunda.
- 4 "Análisis psíquico y síntesis existencial", Herder, Barcelona, 2ª ed. 1957. Ha sido igualmente traducido al italiano, al griego y al francés; en prensa la traducción al inglés.
- 5 No es posible, por falta de espacio, exponer los principios del método dialéctico. En el Glosario de Términos que cierra el libro "Personalisation" (confeccionado por A. Suárez) viene esta breve definición: "La dialéctica es la ciencia de los conflictos que constituyen el fundamento de la incesante creación en la naturaleza y en la cultura; es el método para conocer las leyes históricas en la sociedad y en el individuo. (...). Dialéctica es la característica esencial de todo desarrollo (...) y se caracteriza por la negación de la negación precedente, por el paso de la cantidad a la calidad y por la aparición de nuevos planos de integración y de organización".
- 6 A. Portmann es miembro del comité de honor del Círculo Vienés, y O. Koenig miembro correspondiente y profesor del mismo.
- 7 "Bios, Psyche, Person", Karl Alber, Freiburg - München, 1957, p. 261.
- 8 "Soziale Aspekte der Psychoanalyse", Ernst Klett, Stuttgart, 1962, p. 7.
- 9 En las Notas citaremos por las siglas BPP, PPP, y SAP respectivamente. "Psychanalyse pour la personne" ha aparecido en Paris, Editions du Seuil, 1962. Los tres han sido traducidos al español y aparecerán en el curso de este año.
- 10 "Origine et développement des motifs", en: "La motivation", Paris, Presses Universitaires de France, 1959.
- 11 Obras completas, ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, tomo II, p. 1047 - 1048.
- 12 Op. cit., p. 1126.
- 13 Cf. BPP, capítulos VIII y IX. - Et. "Zum Problem des Gewissens" (1963), "Le surmoi et le bouc émissaire" (1953), "Person und Gewissen" (1954) y PPP, capítulos IV y VI.
- 14 BPP, p. 211 y 231.
- 15 "Das Ziel alles Lebens ist . mehr Leben" BPP, p. 312; et. SAP, p. 83.
- 16 Notas manuscritas de la conferencia "Zur Frage der psycho-soziologischen Untersuchung der Motivationen im Bereich der medizinischen Anthropologie", dictada en la Clínica Universitaria de Psiquiatría y Neurología en Viena, 24 de febrero, 1964.
- 17 Estudiada especialmente por A. Portmann en "Die Tiergestalt", 2ª ed., Basel, 1960. Cf. et. BPP, p. 55 ss.
- 18 BPP, p. 52 ss.
- 19 Por eso, a juicio de P. Morand ("Les destins de la vie et de l'homme", Paris, 1959) no se puede aplicar al ser vivo el segundo teorema de Carnot, que supone reversibilidad del sistema.
- 20 La cerebralización en vertebrados y la corticalización en los mamíferos parecen constituir una auténtica "ortogénesis". Cf. BPP, pp. 26, 32, 36 y todo el capítulo XIV. Aquí define la persona como un "principio estructurador incommunicable que representa un óptimo de individuación dentro de la especie tanto como de relaciones con un Tú, consigo mismo y con el mundo", p. 420.
- 21 BPP, p. 49 y 64.
- 22 SAP, p. 56.
- 23 PPP, p. 142.

- 24 PPP, p. 142 y BPP, cap. XIII; SAP, p. 56 ss.
- 25 BPP, p. 32 ss., 400 ss., SAP, 54 ss.
- 26 PPP, p. 73.
- 27 PPP, p. 129; SAP, p. 9-10.
- 28 BPP, p. 254 ss.; PPP, p. 115.
- 29 PPP, p. 115. . Cf. Glosario (nota 1) "Über-Ich".
- 30 PPP, cap. VI: "Morale et aliénation".
- 31 PPP, p. 12 y 123; SAP, p. 13 ss.
- 32 Cf. "Zoologie und das neue Bild des Menschen". Rowohlt, Hamburg, 3ª ed. 1959. BPP, p. 35-36. . Glosario (nota 1): "Soziales Uterus".
- 33 "El primer año de vida del niño. Génesis de las primeras relaciones objetales", Aguilar, Madrid, 1961. . BPP, p. 314; PPP, p. 75; SAP, p. 58.
- 34 "Werden und 'Entwerden' im Handeln", en "Werden und Handeln", Hippokrates, Stuttgart, 1963. . Cf. et.: Rosa Tanco Duque: "Narzissmus und Personalisation", en: "Personalisation" (nota 1).
- 35 SAP, p. 40.
- 36 SAP, p. 19 ss. y 50.
- 37 SAP, p. 24-5.
- 38 SAP, p. 25.
- 39 SAP, p. 25.
- 40 Cf. Glosario (nota 1): "Verdinglichung": es un producto de la alienación: Las energías personales, al ser desviadas de su objetivo, dejan empobrecida a la persona, aparecen como "cosas" enajenadas a la persona, enemigas del hombre... En la medida en que el hombre no es sujeto libre, se convierte en una pura cosa y juguete de la alienación".
- 41 Ibid.: "Entfremdung": "es una situación en la cual las energías personales son en parte confiscadas en favor de poderes ajenos al yo, sobre todo poderes sociales opresores. Las energías personales se ponen al servicio de una instancia impersonal o incluso antipersonal, de tal modo que el hombre es alienado de sí mismo".
- 42 PPP, p. 73.
- 43 PPP, p. 133.
- 44 Cf. "Eros and Civilization", Boston, 1955.
- 45 PPP, p. 73-4; SAP, p. 57.
- 46 PPP, p. 73-4; SAP, p. 59.
- 47 Idea de Marcuse también, ver supra nota 44. Cf. PPP, p. 76; SAP, p. 60; Glosario (nota 1): términos "Leistungsprinzip" y "Historizitätsprinzip".
- 48 PPP, p. 74.
- 49 PPP, p. 75; SAP, p. 60. Cf. Glosario "Selbstsublimierung".
- 50 PPP, p. 76-7.
- 51 SAP, p. 59.
- 52 Glosario (nota 1): "Historizitätsprinzip". BPP, p. 430.
- 53 SAP, p. 84.
- 54 SAP, p. 83. Cf. Glosario: "Todesprinzip". Por falta de espacio y por su especial complejidad no hemos tratado aquí de los problemas de la libertad y de la trascendencia de gran significación también en la antropología de Caruso.